

**LA CARNAVALIZACIÓN DE UNA OPRESIÓN: SOMOS ESCLAVOS  
DEL MERCADO Y ¡QUE VIVA LA NUMERACIÓN!  
THE CARNIVALIZATION OF AN OPPRESSION: WE ARE SLAVES  
OF THE MARKET AND LONG LIVE THE NUMBER!**

Macarena Montero Romero

**Resumen:**

El objetivo de este trabajo es contrastar los postulados en torno a las sociedad disciplinaria, la sociedad de control y la violencia simbólica, con lo que está experimentando hoy en día la sociedad chilena. Para este fin propongo identificar y analizar ciertas conductas propias de nuestra sociedad –aun que algunos de los ejemplos referenciados no son exclusivos del contexto chileno– que a mi entender se constituyen como referentes de violencia simbólica normalizada a consecuencia del imperio subreptico del mercado.

**Palabras Clave:** Sociedad Disciplinaria. Sociedad de Control, Violencia Simbólica, Sociedad Chilena, Normalización.

**Abstract:**

The purpose of this paper is to contrast the theory about disciplinary society, control society and symbolic violence with the main characteristics of the Chilean society today. To fulfil this goal, I suggest to identify and analyse a few examples of Chilean behaviour –although some of then are not exclusively Chilean– which I believe can be seen as cases of symbolic violence normalized regarding the silent empire of the market.

**Key words:** Disciplinary society, control society, symbolic violence, Chilean society, normalization.

Vivimos en una época que se jacta de las libertades que ofrece: podemos exigir nuestros derechos –y los de todas las minorías– haciendo ruido desde la comodidad de nuestros hogares gracias a las redes sociales, nos vestimos como queremos, no admitimos censuras, no tranzamos, somos activistas de todas las causas, nuestro cuerpo es el emblema de nuestra propia libertad, nuestros espacios privados son templos infranqueables, nuestras decisiones no admiten influencias de ninguna especie. Somos fuertes, marchamos, paralizamos una ciudad, imponemos nuestra voluntad. Somos marionetas, bailamos al ritmo del mercado, nos compramos un show de libertad.

Con esta cruda introducción doy inicio a un ensayo inspirado en la sociedad de control de Gilles Deleuze –quien a su vez se inspiró en las sociedades disciplinarias planteadas por Michel Foucault– y en la crueldad del mercado. No planteo esto como una simple preocupación o reflexión, sino que me propongo exponer algunos ejemplos, nacionales y contemporáneos, de lo que Bourdieu denominó “violencia simbólica”, de la cual estamos siendo blanco desde hace algún tiempo, por culpa, principalmente, de que hemos perdido la capacidad de ser críticos en torno a ella o, peor aun, la hemos normalizado. Iniciaré dicho ejercicio exponiendo los planteamientos teóricos que lo inspiraron, los que luego serán contrastados con ejemplos, según mencioné más arriba.

Como se puede inferir del párrafo anterior, existe una relación causal entre los planteamientos de Gilles Deleuze y de Michel Foucault, no sólo por el hecho de haber sido colegas –lo que permitió una mutua influencia–, sino sobre todo porque Deleuze lleva la teoría de Foucault un paso más allá y sostiene que la sociedad disciplinaria en pleno neoliberalismo no opera del modo en que lo concibió este último, pues ya no vemos disciplinamiento por parte de las instituciones, sino control por parte del mercado, para el cual ya no somos piezas que hay que moldear de acuerdo a una determinada estructura, sino números que operan en función de la utilidad que prestan a la economía.

Como sabemos, Foucault emplea como base para su noción de disciplinamiento, el diseño arquitectónico de la “cárcel perfecta” de Jeremy Bentham (1748 – 1832), el denominado Panóptico, cuyo objetivo, según la dramaturga británica Caryl Churchill (1983), es el delirio de observación, por decirlo de alguna manera, es decir, que las personas se sientan vigiladas permanentemente, con independencia de si lo estén realmente o no. El panóptico podía ser un mecanismo de inspección de amplio espectro: la utopía del encierro perfecto, según el propio Bentham, fue concebido para castigar a los presos con más seguridad y economía por un lado, y someter a los subinspectores y a los subalternos bajo el mismo sistema de vigilancia, con la idea de que nadie quede fuera de la vista del inspector jefe.

Respecto de estas ideas constitutivas del proyecto de Bentham, Foucault sostiene que el Panóptico representa un tipo de poder que es propio de la sociedad a la que él perteneció y que, a diferencia del Panóptico, sí llegó a implementarse, el que consiste en un sistema de vigilancia permanente ejercido por alguien que desempeña un cargo y/o labor socialmente legitimado para el sometimiento de los individuos vigilados: profesor, jefe de oficina, médico, psiquiatra, director de prisión, y que faculta no solo para vigilar sino también para constituir un saber sobre ellos. Sería el panoptismo, por lo tanto, el principio constitutivo de una nueva ‘*anatomía política*’ cuyo objetivo se refiere a las relaciones de disciplina más que a la relación de soberanía.

La progresión natural de la historia y los sucesos político-económicos que dieron origen al *Liberalismo* (Bidet, 2006), obligaron a Foucault a contrastar sus planteamientos con el poder que ejerce el aparato económico sobre los individuos<sup>1</sup>, donde juega un rol fundamental la noción de “Biopoder” como fuente fundamental del crecimiento del Capitalismo: la vigilancia y el poder se enfocan ahora en los cuerpos como condición sine qua non de la producción, lo que se traduce en el

---

1 Es en este punto donde Deleuze discrepa y profundiza.

surgimiento de tecnologías políticas con consecuencias violentas sobre el cuerpo, la salud, la calidad de vida, etc. Esta idea está en concordancia con lo sostenido por Vicente Romano en “Poder y Comunicación”: “El poder de unos seres humanos sobre otros comienza con la apropiación del biotiempos de los muchos por parte los pocos. El tiempo es un factor de poder. Se suele decir que el poder es el que manda y no la opinión. Pero el poder sólo puede imperar mientras las personas le entreguen su biotiempos y crean que deben someter su tiempo individual a ese poder.” (Romano 2000: 3)

A mí parecer, hasta este punto todavía es factible explicar el funcionamiento de la sociedad acorde a los parámetros fijados por Foucault, pero con el imperio del *Neoliberalismo* y la entrada en juego de capitales multinacionales, el control ya no es ejercido intrasocialmente en función de parámetros de normalidad determinados por una convención social, sino universalmente de acuerdo a criterios de utilidad económica. Es en este punto que entra a complementar, o a debatir si se prefiere, la teoría de Deleuze, quien sostiene que:

Estamos en una crisis generalizada de todos los lugares de encierro: prisión, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un “interior” en crisis como todos los interiores, escolares, profesionales, etc. Los ministros competentes no han dejado de anunciar reformas supuestamente necesarias. Reformar la escuela, reformar la industria, el hospital, el ejército, la prisión: pero todos saben que estas instituciones están terminadas, a más o menos corto plazo. Sólo se trata de administrar su agonía y de ocupar a la gente hasta la instalación de las nuevas fuerzas que están golpeando la puerta. Son las sociedades de control las que están reemplazando a las sociedades disciplinarias. (Deleuze 1990: 1)

Un poco más adelante en su texto propone que:

(...) las sociedades de control operan sobre máquinas de tercer tipo, máquinas informáticas y ordenadores cuyo peligro pasivo es el ruido y el activo la piratería o la introducción de virus. Es una evolución tecnológica pero, más profundamente aún, una mutación del capitalismo. Una mutación ya bien conocida, que puede resumirse así: el capitalismo del siglo XIX es de concentración, para la producción, y de propiedad. Erige pues la fábrica en lugar de encierro (...). Pero, en la situación actual, el capitalismo ya no se basa en la producción, que relega frecuentemente a la periferia del tercer mundo, incluso bajo las formas complejas del textil, la metalurgia o el petróleo. Es un capitalismo de superproducción. Ya no compra materias primas y vende productos terminados: compra productos terminados o monta piezas. Lo que quiere vender son servicios, y lo que quiere comprar son acciones. Ya no es un capitalismo para la producción, sino para el producto, es decir para la venta y para el mercado. (Deleuze 1990: 3)

La cita permite ver como Deleuze pone el ejercicio de control (y/o de violencia) en el mercado, en la economía, en la utilidad, con lo cual el ejercicio de disciplina para uniformar a los individuos se vuelve una pérdida de tiempo y de recursos, ya no se trata de homogeneizar sino de sacar provecho de todo, incluso de la diferencia.

En función de este cambio de noción, desde la disciplina y hacia el poder, Deleuze plantea que su concepción de "Sociedad" es distinta a la planteada por Foucault, que él la visualiza como algo dinámico, en permanente deslizamiento hacia alguna parte, que se escurre tanto ideológica como financieramente y que como tal es imposible de contener o terminar de configurar. Lo que para Foucault era una estructura organizada por distintos tipos de instituciones, para Deleuze es un fluido en permanente cambio o un gas, según sus propias palabras, lo que implica filtraciones difíciles de tapar. Esta "incontenibilidad" o "inacabamiento" va en directa sintonía con lo planteado en *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (Deleuze y Guattari, 1985) respecto a las líneas de fuga y la función que cumplen dentro de la articulación del pensamiento rizomático, es decir, la razón como antagonista de lo totalitario, lo dogmático y lo ortodoxo. El permanente devenir, lo inacabado del conocimiento, es el origen de la duda que moviliza al pensamiento. Las teorías de la

esencia pretenden atar todos los cabos, pero se quedan muy cortas, hay mucho que no logra ser explicado mediante líneas y una definición cerrada de sociedad no hace más que limitar el entendimiento que se pueda llegar a tener de ella, de acuerdo a lo postulado por Deleuze y Guattari.

En virtud de lo anterior, Deleuze introduce la noción de sociedad de control, donde el marketing y el mercado asumen el rol de vigilantes y castigadores y estimulan el nacimiento de la "(...) raza impúdica de nuestros amos" (Deleuze 1990: 3). En este escenario, el control funciona a corto plazo y asume nuevas formas rápidamente, pero, al mismo tiempo, es continuo e ilimitado (mientras que la disciplina era de larga duración, infinita y discontinua).

Es posible deducir de los postulados de Deleuze, que en las sociedades de control lo importante no es una firma, ni un número sino una cifra, la cual viene a constituirse a su vez como una *contraseña* que determina a qué tenemos acceso dentro de la sociedad actual, y a qué no (Deleuze 1990: 3). Es aquí donde entro yo con mi análisis crítico de las formas de control solapado que percibo en nuestra sociedad chilena.

Si bien es cierto que en términos de desarrollo, Chile parece estar siempre en un punto intermedio entre lo que fue y lo que está pasando en las sociedades desarrolladas, en términos de economía se suele caracterizar a nuestro país como lo mejor de Latinoamérica; incluso hay quienes afirman que ha superado su condición de país tercermundista, afirmación que a mi parecer resulta bastante relativa en cuanto a superación de la pobreza, índices de escolaridad, proporción horas de trabajo vs. sueldo, inclusión de minorías, etc., pero con la que tiendo a estar de acuerdo en lo que a implementación de políticas de mercado se refiere, sin embargo esta postura no ha de interpretarse como un beneplácito sino como una crítica.

Para nuestro Gobierno, tanto como para nuestro mercado, los individuos somos números, cifras que, tal como plantea Deleuze, tienen preconfigurados los accesos que les serán garantizados o denegados en función de la utilidad que le

presten al mercado: Qué mejor ejemplo de esto que nuestro Rut. No por el hecho de ser literalmente un número asociado a nuestra identidad, sino por toda la información a la que se puede acceder solo mediante este número, lo que explica que lo pidan al hacer consultas telefónicas, al comprar en la farmacia o incluso al pagar en una multitienda. Estando en conocimiento de esta “contraseña”, es posible determinar las propiedades que tengo, el sueldo bruto de un año, las deudas vigentes, los préstamos en curso, mi historial comercial, etc., ya sea a través de la página web del Servicio de Impuestos Internos o de Equifax<sup>2</sup>. Esta información también sirve para determinar el domicilio actual del individuo si es que se ingresa en la página web del Servicio Electoral, para conocer su historial médico si se ingresa en el registro de una clínica, y así, con un poco de astucia, es posible descifrar hasta los más recónditos detalles de la vida de un sujeto solo contando con su Rut, información a la que no es demasiado difícil acceder si pensamos que queda registrado en cada trámite que hacemos, que nos llega por correo y que probablemente botaremos tras darle el uso para el cual lo solicitamos.

¿A qué atribuyo este estado de vulnerabilidad en el que nos encontramos? A que al mercado le sirve estar al tanto de toda esta información para determinar qué clase de utilidad le podemos prestar o a qué riesgos se somete al intercambiar recursos con nosotros.

Es cierto que nuestro número de identificación no se concibió como información confidencial, que el carnet de identidad está pensado para la ejecución de trámites nacionales e internacionales y que, como tal, cualquiera puede mirar nuestro Rut. Sin embargo, previo a la era digital no había tanta información asociada a éste y por lo tanto el riesgo de divulgarlo era menor. Además, en una economía menos pujante, resultaba menos necesario para el mercado exponer nuestra situación financiera, crediticia, delictiva, médica, etc.

---

2 Filial chilena de la empresa estadounidense Equifax Inc. y heredera del antiguo Directorio de Información Comercial, más conocido como «DICOM», nombre bajo el cual sigue prestando sus servicios.

Otro ejemplo de violencia simbólica ejercida por el mercado contra nosotros, a primera vista puede resultar inocente –muchacha me ha manifestado que lo ve de esa forma–, sin embargo, a mi parecer, encubre una forma de agresión que tiene que ver con la despersonalización, con el desconocimiento de nuestra subjetividad, cuyo sumergirnos en una masa uniforme cuyo único fin es prestar una utilidad de carácter monetario o práctico. Me refiero a la publicidad impulsada por la Asociación de Empresas Eléctricas a lo largo de todo el país, que por primera vez se unen en un proyecto conjunto con el propósito de incentivar a sus usuarios a memorizar el número de cliente que figura en las respectivas boletas. Con la tradicional, festiva y pegajosa melodía del Puma Rodríguez y con la excusa de hacer más expeditos los trámites o consultas, la campaña aparece como un beneficio exclusivo para los clientes, pero ¿está dispuesto el mercado a gastar en producir y difundir un mensaje sin que le reditúe? Siempre que el mercado ofrece “consejos” aparentemente altruistas, yo tiendo a desconfiar.

Como analizaba antes, nuestra identidad ya tiene asociado un número, uno que ciertamente no tiene que ver con el mercado, sino con la cantidad de habitantes nacidos en nuestro territorio nacional, pero que, no obstante lo anterior, porta información suficiente como para determinar nuestra condición frente a la empresa que nos provee de suministro eléctrico. ¿Por qué no es suficientemente expedito el pago mediante mi Rut? En palabras simples, considero que nos están transfiriendo un problema en virtud de la eficiencia, pero es una eficiencia que, en el supuesto de llegar a beneficiarnos a nosotros, sería a causa de un efecto colateral que no es el realmente perseguido.

A la hora de contratar un servicio, prácticamente hay que desnudarse frente a la empresa: corroboran domicilio, piden registro de otros cuentas asociadas a nuestra dirección en la que debe figurar nuestra información personal y, entre los muchos antecedentes que solicitan, está, sin posibilidad alguna de saltarse este requisito, nuestro Rut, por lo tanto, es información que consta en sus registros desde

antes incluso de suministrar el servicio que prestan, pero, y quiero dejar en claro que esto no es más que especulación, probablemente el volumen de clientes fue aumentando más allá de lo que fueron capaces de prever, los problemas ambientales han tenido consecuencias sobre sus ingresos, al igual que los reclamos por cortes o sobrecosto y esto se traduce en que no están dispuestos a sacrificar un solo minuto asociando un Rut a una cuenta, si es que existe la posibilidad de que durante ese minuto puedan estar solucionando problemas de otra índole o captando nuevos clientes.

¿Dónde está la violencia en todo esto? Según Bourdieu toda realidad social debe “(...) tomar un sentido, preferentemente positivo, de manera que los dominados adhieran al principio de su propia dominación y se sientan solidarios de los dominantes en un mismo consenso sobre el orden establecido. (Gutiérrez 2004: 292)

Legitimar una dominación consiste, por lo tanto, en dar toda la fuerza de la razón a la razón del más fuerte (a su interés y/o capital), lo que supone la puesta en práctica de una violencia simbólica, de una violencia solapada o eufemizada que es, por lo mismo, socialmente aceptable y que consiste en imponer significaciones, “en hacer creer y en hacer ver” para movilizar (Gutiérrez 2004: 292). Sobre esto Vicente Romano afirma que “Cuando la información está en manos de los pocos, éstos pueden utilizarla para el dominio de los muchos, hurtándoles así el conocimiento de la realidad social y sus posibilidades de modificación” (Romano 2000: 2). El jingle de ‘Viva la numeración’ es precisamente eso: una forma de movilizar a los clientes de las empresas distribuidoras de electricidad mediante la imposición de significaciones que no nos violenten y que no despierten nuestras sospechas. A nosotros no nos presta mayor utilidad memorizar un número, nos quita tiempo y nos exige retener información irrelevante de manera permanente cuando ya nos vemos agobiados con tener que memorizar infinidad de claves para no ver vulnerada nuestra intimidad (permanentemente vulnerada mediante el Rut), sin embargo, la letra de la canción

dice: 'Ten a mano el numerito y mejora tu atención', 'Es la manera más rápida de atender tus requerimientos', por lo tanto, memorizar el número de cliente no sólo agiliza nuestros trámites, sino que nos ayuda a mantener sana nuestra memoria. ¿No resulta sospechoso?

Existe otra publicidad que va por una línea similar, que lleva años en circulación y que, a mi parecer, puede ser aun más violenta. Me refiero a la campaña de la AFP Capital, perteneciente al grupo económico Sura, en la que se pregunta a distintos individuos '¿Cuál es tu número?'. No basta sólo con la campaña publicitaria transmitida por los medios de comunicación, además existe un sitio web al que puedes acceder para calcular cual es el monto de pensión que cada persona debería tener. El encabezado de esta página dice: 'Si te preocupas por cuánto vamos a vivir, también deberías preocuparte con cuánto vamos a vivir. Calcula Tu Número, que es el monto total de dinero que necesitas ahorrar durante tu vida laboral'. Este enunciado figura sobre la fotografía de un tipo fitness que trota con un monto de \$65.119.726 en las manos. ¿No es esto otra forma de despersonalizar a los individuos y de violentarlos mediante la normalización de aspiraciones que se aplican sólo a unos pocos? ¿No es acaso una forma de engañar a la gente el hacerles creer que el monto de su pensión depende de la AFP a la que estén afiliados?

Hoy en día, como sabemos, las AFP son fuente de todo tipo de debates, hay quienes las legitiman y quienes se declaran férreos detractores y la gran mayoría pertenece a esa peligrosa categoría que permanece impávida ante el abuso. A mí entender, tal como pasa con las isapres, esto no es más que una forma solapada de pago de impuestos al mercado que está regulada y legitimada por nuestro aparato legislativo. Ambas son promovidas como un beneficio para la ciudadanía, como garantía de acceso a la salud y a una vejez digna, pero no garantizan ni lo uno ni lo otro. La isapre me obliga a descontar un porcentaje de mi sueldo todos los meses, sin importar si hago uso del sistema de salud o no. No es posible renunciar a esta

obligación porque la atención médica particular es simplemente impagable y, además de estas desventajas, hay que convenir en que el hecho de estar afiliado a una isapre tampoco constituye ningún tipo de fianza, ya que, para que las coberturas sean significativas, es necesario tener un plan exorbitante (los que están al alcance de unos pocos) y sus funciones se limitan al pago de las prestaciones médicas, pero no velan por la calidad del servicio obtenido o por el éxito del tratamiento recibido. Ellos nunca pierden.

Con las AFP el relato sigue la misma trama. Si bien existe un grado mayor de conciencia, por muchos años se prefirió hacer “vista gorda”. La ley me obliga a destinar parte de mi sueldo a esta institución, sin posibilidad de renunciar a lo que engañosamente se muestra como un derecho o un beneficio (más que como pura obligación). La motivación o el cebo, por decirlo más certeramente, es que de ese modo el afiliado se asegura un buen pasar tras la jubilación, pero no existe tal cosa, pues todos sabemos que las pensiones de los simples mortales de este país, no alcanzan ni para cubrir los gastos básicos del mes.

Después de todo lo dicho hasta aquí en torno a este tema, no me queda más que pensar que las isapres y las AFP se constituyen como una forma de asegurar un flujo permanente de capital en circulación para el mercado y todos quienes se benefician de su pujanza. Otra forma de verlo, que no excluye a la anterior, es que ambas instituciones se configuran como entes de control del capital que mueve cada individuo, pues, como es sabido, el plan de la isapre y el porcentaje del sueldo que se destina a leyes sociales, se determina en función de los ingresos que cada cual recibe.

Estas prácticas, tan arraigadas en nuestra sociedad, tienen directa relación con lo que Bourdieu define como ‘habitus’:

(...) sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente 'regladas' y 'regulares' sin ser en nada el producto de la obediencia a reglas y, siendo todo esto, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta» (Bourdieu, 1980: 88-89).

Con sus juegos de palabras característicos, el autor está referenciando aquí la forma en que se normaliza la violencia simbólica. Para que pueda existir una violencia que no suscite sospechas, tiene que existir toda una plataforma previa de transferencia de información. El lugar por excelencia donde esto ocurre, es el colegio. El trabajo pedagógico se enfoca en inocular mentes dúctiles con contenidos predeterminados y tiene una duración suficiente como para perpetuar las prácticas ahí aprendidas, adquiridas y repetidas para luego reproducir las condiciones objetivas y las relaciones de dominación/dependencia entre las clases (Gutiérrez 2004: 293). Nosotros hacemos nuestras primeras incursiones en el mundo laboral sin dar cabida a un juicio crítico sobre la forma en que opera, pues nos educaron en la noción de que esa era la operación correcta, vemos que todos actúan acorde a dicha operación, normalizamos la agresión.

En relación a esto último, surge otro ejemplo, el que, dada su complejidad, solo esbozaré, pues existe teoría suficiente como para escribir un artículo entero sobre esto. Me refiero a lo que podría denominarse "Educación Vitalicia", la que, siguiendo las palabras de Gutiérrez, inculca fórmulas de conocimiento con el fin de que dichos patrones sean repetidos y transmitidos por los receptores a unos futuros receptores de acuerdo a un modelo vertical (Rodrigo Alsina, 2007) e interminable, el que exigen todo tipo de post títulos y muchos años de experiencia pero pocos años biológicos. ¿Cómo no va a haber un tipo de violencia solapada en el hecho de exigir a los estudiantes que dediquen décadas de su vida a formarse, con los gastos que

ello implica, como requisito ineludible para el ejercicio laboral, y que a la hora de postular a un cargo, se exija no solo extensa formación académica, sino además experiencia laboral y juventud? No hay calendario ni bolsillo que resista semejante contradicción.

He dejado para el final el ejemplo más inocente pero a la vez más tangible de violencia simbólica normalizada. Me refiero a lo que he denominado 'tecnología perecible'. Hoy en día todo tiene una vida útil limitada y pensar en arreglar o comprar repuestos suele costar más caro que comprar un nuevo producto, no sólo por el elevado precio asignado a las partes del aparato, sino porque encontrar repuestos y el lugar que repare exige tiempo y dinero. Ofrecen garantías de un año y el producto deja de funcionar al día siguiente del vencimiento. Tal como ocurrió con las ampolletas de filamento (que de no ser por la burbuja de aire que les introducen, nunca dejarían de funcionar y, por lo tanto el mercado tendría un ingreso limitado a una única adquisición por persona o familia), los electrodomésticos o aparatos tecnológicos de hoy tienen fecha de caducidad y esto se debe a la necesidad del mercado de producir transacciones: mientras más compra el consumidor, más capital tiene la empresa para producir nuevos y mejorados artefactos con más botones y más luces que no varían en nada el funcionamiento del modelo anterior, pero que, según el fabricante, va a cambiar nuestras vidas en 360° y nos va a hacer más felices.

Con respecto a la influencia que puede ejercer el mercado sobre nosotros Alicia Gutiérrez sostiene que:

Es a partir de la posición que cada agente ocupa en el mundo como tiene una visión del mundo, una manera de percibir las relaciones, una manera de percibir las propias prácticas, una manera de percibir las prácticas de los demás agentes, una visión del mundo que tiende a ser «naturalizada», que tiende a percibirlo «tal cual es», como «yendo de suyo», que tiende a conservar las relaciones más que a intentar modificarlas, en el marco de un proceso de naturalización de las relaciones histórica y socialmente conformadas. (Gutiérrez 2004: 294)

Entonces, existiendo tanta evidencia de nuestra propia exposición, ¿por qué no protestamos? Una posible respuesta podría tener que ver con lo que Norval Baitello denominaría como “sedación” o “pensamiento sentado”. Si bien el texto en el que desarrolla estas ideas se centra más que nada en los medios de comunicación de masas, considero ampliamente extrapolables estos conceptos a los planteamientos que he venido desarrollando hasta aquí: los medios son una suerte de vehículo que le permite al mercado someternos a su imperio de manera silenciosa. Se cuela en nuestros templos privados –espacios de libertad infranqueable supuestamente–, y nos vuelve esclavos de necesidades autoimpuestas en razón de manipulaciones solapadas. Tal como sostiene Deleuze, “El marketing es ahora el instrumento del control social” (Deleuze 1990: 3) y los medios de comunicación son su medio de transporte.

¿Qué propone Baitello respecto de esto? El autor, para explicar su noción de ‘pensamiento sentado’, realiza un relación entre ‘sentar’ y ‘sedar’ y sostiene que

La primera cosa a hacer, cuando nos encontramos o encontramos a alguien nervioso es sentarlo o mandarlo sentar. La proximidad etimológica y semántica de las dos palabras no es mera casualidad. El proceso civilizatorio de la humanidad y como parte de él, el proceso educacional, es un proceso de “sentarse” (...) Así fueron y son necesarios los sistemas para “sentarse” y sedarse, para calmar y amansar los viejos saltadores e incansables andariegos [nuestros ancestros]. Para mantener sentados a los viejos y nuevos guerreros se crearán instituciones de educación, de formación, de información y de entretenimiento que nos acompañarán toda la vida: las escuelas, las iglesias, los medios, la industria del entretenimiento. Y sus instrumentos de sedación siempre fueron y continúan siendo las imágenes (...) Cuando sentamos el cuerpo, sentamos también nuestra base comunicativa, nuestros medios primarios y su capacidad de generar lenguajes y vínculos comunicativos. Así estamos sedando el cuerpo, pero además de sedar el cuerpo, estamos sedando y amansando, domesticando el propio pensamiento. (Baitello 2008: 3-4)

El pensamiento sentado es, por lo tanto, esa forma a-crítica de actuar que he

intentado graficar mediante unos cuantos ejemplos a lo largo de este trabajo, es un pensamiento acomodado, conformado y amansado, incluso podríamos decir que es un pensamiento aletargado por la permanente cantidad de estímulos que nos ofrecen los medios, que, con su velocidad característica, determinada por la utilidad que prestan al mercado, (a más velocidad, más mensajes publicitarios), no permiten codificar, decodificar ni interpretar y de ese modo se constituyen como una suerte de narcótico adormecedor que limita nuestra capacidad de descifrar el mundo y con ello impide que actuemos para transformarlo.

De acuerdo a lo postulado por Bourdieu, la violencia simbólica es formulada explícitamente en el ámbito escolar y es producida en todos los ámbitos de producción simbólica. Una vez logrado el objetivo de llenar la cabeza de los escolares de aquel contenido simbólico que permite legitimar el orden imperante, la cultura dominante impone los intereses del grupo dominante y fuerza a las otras culturas a definirse negativamente en relación a ella. A través de los distintos agentes e instituciones, realiza una serie de acciones tendientes, por un lado, a la integración real de la clase dominante asegurando una comunicación inmediata entre sus miembros y distinguiéndolos de los miembros de las otras clases; por otro lado, a la integración ficticia de la sociedad en su conjunto y a la desmovilización de las clases dominadas; y por último, a la legitimación del orden establecido por el establecimiento de distinciones jerárquicas y la legitimación de esas distinciones. La cultura dominante produce ese efecto ideológico, disimulando su función de división bajo su función de comunicación: así, la cultura que une, en tanto medio de comunicación, es también la cultura que separa, en tanto instrumento de distinción, y que legitima las distinciones constriñendo a todas las culturas (designadas como sub-culturas) a definirse por su distancia a la cultura dominante. (Gutiérrez 2004: 297-298).

De lo anterior se infiere el poder que pueden alcanzar los medios de

comunicación y en qué medida operan en función de este estado de sedación o aletargamiento del que habla Baitello, el que a su vez, en torno a este tema, advierte que “los modernos medios interfieren en la evolución de la capacidad natural de la comunicación del hombre y también contribuyen al desarrollo de las patologías de la comunicación generadoras de violencia” (Baitello 2008: 6)

La acción de violencia simbólica es, según afirma el propio Bourdieu, tanto más fuerte cuanto mayor es el desconocimiento de su arbitrariedad, y uno puede destruir ese poder de imposición simbólica a partir de una toma de conciencia de lo arbitrario, lo que supone el develamiento de la verdad objetiva y el aniquilamiento de la creencia que la sustenta (Gutiérrez 2004: 298). Y es precisamente eso lo que me propuse lograr, guardando las proporciones ciertamente, al desarrollar este ensayo: relativizar esa arbitrariedad, abrir mis propios ojos, desconectarme del narcótico sedante y ver qué clase de violencia es la que hemos venimos normalizando bajo el falso pretexto de constituir un beneficio para nosotros mismos.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

**BAITELLO Jr.**, Norval (2008): “La era de la iconofagia. Ensayos sobre comunicación y cultura. Sevilla, ArCiBel (4.4-1).

**BIDET**, Jacques. Foucault y el liberalismo: Racionalidad, revolución, resistencia. México, Scielo, v. 19, n. 52, p. 11-27, dic. 2006. (consultado en julio 2016).

**BOURDIEU**, Pierre (1991): El sentido práctico, Madrid, Taurus.

**CHURCHILL**, Caryl (1983): Softcops. Plays: Two. Londres, Methuen.

**DELEUZE**, Gilles (1990): “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, Conversaciones 1972-1990. Valencia. Pre-textos, 1996. (4.4-4).

**DELEUZE**, Gilles; **GUATTARI**, Felix (1985): El anti Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia. Barcelona. Paidós Ibérica.

**FOUCAULT**, Michel (1976): Vigilar y Castigar, Siglo XXI, París. (Trad. Alberto Garzón del Camino).

**FOUCAULT**, Michel (1981): Un diálogo sobre el poder, Alianza. Barcelona.

**GUTIÉRREZ**, Alicia Beatriz (2004): Poder, habitus y representaciones: recorrido por el concepto de violencia simbólica en Pierre Bourdieu. Revista complutense de educación, ISSN 1130-2496, Vol. 15, Nº 1, 2004, págs. 289-300 (Consultado en julio de 2016)

**RODRIGO ALSINA**, Miquel (2007): Los Modelos de la Comunicación. Madrid. Tecnos.

**ROMANO**, Vicente (2000): “Poder y Comunicación”, Laberinto, 3, Universidad de Málaga. Málaga. (4.4-2)